# El exilio intelectual republicano en los Estados Unidos

Antonio NIÑO
Universidad Complutense de Madrid
anino@ghis.ucm.es

## 1. Introducción

En la historia del exilio cultural español provocado por la Guerra Civil es bien conocido el papel que jugaron algunos gobiernos latinoamericanos y diversas instituciones de ese continente en la labor de rescate e integración del gran número de científicos, profesores universitarios e intelectuales que se vieron forzados a abandonar su país durante y después de acabar la guerra. Muchos de esos expatriados pudieron continuar su trabajo intelectual en Latinoamérica y, en algunos casos, consiguieron recrear el espíritu científico y educativo de las instituciones de procedencia, las universidades españolas y la Junta para Ampliación de Estudios, en los centros donde fueron acogidos.

El protagonismo que alcanzó México como destino del exilio cultural español, antes incluso de que acabara la Guerra Civil, se ha explicado suficientemente. En julio de 1938 fue fundada la Casa de España en México, por una decisión política de su presidente y gracias al empeño que pusieron algunas personalidades de la cultura mexicana por rescatar a sus colegas españoles de las condiciones dramáticas que les deparó la guerra o el exilio[1]. Posteriormente, al producirse la avalancha de refugiados hacia el sur de Francia, México se convirtió de nuevo en el principal destino de todos aquellos, intelectuales o no, que huían de los campos de concentración en las playas del Midi, o de las consecuencias de la guerra en Europa[2].

El caso del exilio cultural español contrasta, por este motivo, con el destino de la mayoría de los intelectuales de otros países europeos que sufrieron el exilio en el mismo periodo. El país de refugio y acogida por excelencia de los científicos e intelectuales expulsados de Europa por los regímenes totalitarios fue los Estados Unidos. Ese país se había convertido, desde principios de los años treinta, antes incluso de que estallara la crisis española, en la tierra prometida de quienes huían de sus países por motivos políticos o raciales y pretendían, al mismo tiempo, continuar sus investigaciones o sus actividades profesionales. Resulta pertinente, por lo tanto,

[1] Ver LIDA, Clara E.: *La Casa de España en México*, México, el Colegio de México, 1992; y SOLER VINYES, Martí, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en la Casa de España y el Colegio de México*. México, El Colegio de México, 1999.

[2] A pesar de su importancia cualitativa, el grupo de profesores e intelectuales reunidos en México no fue sino una pequeña parte de los 25.000 refugiados españoles, aproximadamente, que recibió aquel país durante la guerra y la posguerra española.

preguntarse por las razones de esta distinta orientación. Aparte de las obvias afinidades lingüísticas y culturales con los países hispanoamericanos, que facilitaba la integración allí de los intelectuales españoles, y de la decisión política de atraerlos, como ocurrió en el caso mexicano ¿intervino también algún tipo de discriminación por parte de las autoridades estadounidenses hacia los refugiados españoles? ¿adoptó el gobierno estadounidense la misma actitud ante los intelectuales españoles que la que había mostrado con los exiliados alemanes, italianos y, a partir de otoño de 1940, con los franceses? Y las grandes fundaciones privadas y universidades norteamericanas ¿actuaron con la misma diligencia en el caso de los académicos españoles que la que mostraron con sus colegas alemanes, judíos, franceses o de otras procedencias?

No se conoce ninguna iniciativa, en Estados Unidos, con un éxito parecido al que tuvo el Colegio de España en México, ni parece que el número de profesores españoles exiliados en Estados Unidos llegara a cifras similares a las de otros destinos americanos. Sin embargo, este resultado es sorprendente si tenemos en cuenta que la Junta para Ampliación de Estudios había desarrollado, desde la primera década del siglo XX, estrechas relaciones de cooperación con las más importantes fundaciones y universidades norteamericanas, mucho más amplias e intensas, desde luego, que las que había mantenido con las instituciones educativas mexicanas[3]. Era posible imaginar que muchos de los científicos españoles formados en Estados Unidos con las pensiones de la JAE, o con experiencias y contactos en ese país, hubieran deseado encontrar allí un lugar donde exiliarse sin interrumpir su labor profesional. Es indudable también que el sistema universitario y científico estadounidense estaba más desarrollado y ofrecía mejores condiciones de progreso profesional que el de los países hispanoamericanos. Había, sobre todo, una red de contactos previos y de vínculos personales que podía facilitar una operación de rescate similar, al menos, a la que llevaron a cabo las instituciones mexicanas ¿Se desinteresaron los responsables de la Fundación Rockefeller, que tan generosa había sido en la promoción de la investigación científica española, del dramático destino de aquellos científicos a los que habían contribuido a formar? ¿No se conmovieron los dirigentes de las principales universidades estadounidenses ante las penalidades de aquellas personalidades que habían invitado a disertar unos años antes en sus aulas? Se ha dicho, incluso, que el cierre de las fronteras estadounidenses a los refugiados españoles favoreció, por contraste, la concentración de profesores y universitarios exiliados en México, que apoyó tanto más esa causa cuanto era contraria a la política de su vecino. Para el Gobierno mexicano, la generosidad con los refugiados españoles, como luego la defensa la República española en el exilio, pudo ser ciertamente una manera indirecta de marcar las distancias respecto a la política exterior de los Estados Unidos.

[3] Un análisis de los contactos científicos y universitarios anteriores a la guerra civil se encuentra en NIÑO, Antonio: "Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense", en Lorenzo DELGADO y Dolores ELIZALDE (Coords.): *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 57-94.





## 2. La política de inmigración estadounidense en el periodo de entreguerras

Para responder a estas cuestiones es necesario explicar primero la política de inmigración seguida por las autoridades norteamericanas en el periodo de entreguerras, y repasar, después, la respuesta dada a las situaciones de emergencia que provocaron las persecuciones políticas en la Europa de los años treinta. Habrá que distinguir, también, entre la política muy restrictiva de las autoridades gubernamentales, por un lado, y las iniciativas de la sociedad civil y sus organizaciones, marcadas por la solidaridad y la generosidad hacia los refugiados. Veremos, por último, que los intelectuales españoles sí fueron objeto de una particular atención, por parte de sus compatriotas ya instalados en instituciones universitarias norteamericanas primero, y por diversas organizaciones que se crearon para su rescate después.

Cuando estalló la Guerra Civil española, Estados Unidos mantenía una estricta política de inmigración establecida desde los primeros años veinte, diseñada para mantener Norteamérica al margen de las indeseables revoluciones políticas europeas y reforzada tras la llegada de la crisis económica de 1929. Desde 1921 se había limitado la inmigración anual, por cada país de procedencia, al 3 por 100 de la población de la misma nacionalidad censada en Estados Unidos en 1910, con un límite de 350.000 individuos en total para Europa. Una nueva ley, la *Johnson-Reed Act* de 1924, redujo la entrada a 150.000 personas por año, siempre en función de contingentes nacionales o étnicos, y en proporción del 2 por 100 de esos grupos, porcentaje calculado ahora en relación al censo americano de 1890. Este sistema de cuotas, que permaneció en vigor durante varios decenios, privilegiaba naturalmente la base anglosajona del pueblo americano en detrimento de otros orígenes europeos. Para empeorar las cosas, en 1930, como consecuencia de la crisis económica, el presidente Hoover redujo esas cuotas mediante un decreto presidencial al 10% de su capacidad de acogida. Así las cosas, la cuota anual establecida para la emigración española hacia aquél país en la década de los años treinta era de tan sólo 230 individuos, mientras que el cupo italiano, por ejemplo, ascendía a 4.000 personas, y a decenas de miles el de países de antigua y masiva emigración hacia Estados Unidos como era Alemania. El sistema de cuotas, por lo tanto, perjudicaba claramente las posibilidades de los refugiados españoles frente a los procedentes de otros países europeos con mayor tradición migratoria.

Por otra parte, el Gobierno estadounidense prohibía expresamente la entrada de personas ligadas a organizaciones comunistas y, lo que era aún más grave, no preveía ninguna disposición particular para la acogida de refugiados que huían de persecuciones políticas, raciales o religiosas. Es más, debido a las altas tasas de paro existentes, no se aceptaba a nadie que pudiera incluirse en la cláusula "LPC" (*likely to become a public charge*).

Todo ello restringía considerablemente las posibilidades de acceso a ese país de los refugiados europeos, y específicamente de los exiliados españoles. Sin embargo, fue en los años treinta, coincidiendo con la aplicación más rigurosa del sistema de cuotas, cuando el problema de los refugiados se agravó considerablemente con la implantación de regímenes totalitarios o autoritarios en Europa. Al creciente número de emigrantes económicos, afectados por la crisis económica mundial, se les añadieron los refugiados políticos propiamente dichos, es decir, los que huían de su país

por sus convicciones o su compromiso político, a los que hubo que sumar también, desde 1933, la masa de refugiados "raciales", expulsados por la política antisemita de la Alemania hitleriana y de varios países más. Como consecuencia de todo ello, a muchos refugiados por motivos políticos o raciales se les impidió la entrada en Estados Unidos a pesar de encontrarse en una situación desesperada. Así se llegó a situaciones especialmente dramáticas cuando barcos enteros, como el "Saint Louis", que partió de Hamburgo cargado de refugiados judíos, se vieron obligados a regresar a Europa al no ser admitidos sus pasajeros en los puertos norteamericanos. También los españoles pasaron por situaciones parecidas: cuando llegó a Nueva York, a principios de los años cuarenta, el "De Grasse", un buque con 206 refugiados españoles, se dieron órdenes de descargar el barco e introducir los pasajeros en un tren con destino a la frontera mexicana, sellando los vagones sin ningún miramiento[4].

De manera que si Estados Unidos fue, efectivamente, el país de asilo para algunos refugiados, fueron infinitamente más numerosos los que se encontraron con las puertas cerradas o con "muros de papel" infranqueables. En años en los que era imposible circular sin documentos, el problema de los pasaportes y de las visas se convirtió en una cuestión esencial, y conseguir un visado norteamericano resultaba una empresa particularmente difícil. Desde 1938 se formaron colas cada vez más largas ante los consulados estadounidenses en Europa y sólo una pequeña minoría de candidatos consiguió obtener el ansiado documento[5].

Aún así, se estima que en todo el periodo crítico que transcurre entre 1933 y 1944 a Estados Unidos llegaron unos 250.000 refugiados, una cifra nada despreciable, pero que sólo suponía el 16,8 por 100 de la capacidad total que hubiera permitido una aplicación más generosa de las cuotas de inmigración. Este dato es el que ha hecho decir a muchos historiadores que la respuesta de Estados Unidos a la tragedia de las persecuciones en Europa fue insuficiente. Del medio millón de alemanes y austríacos expulsados por la dominación nazi entre 1933 y 1939, encontraron asilo en los Estados Unidos unas 130.000 personas[6], y eso gracias a que desde el *progrom* alemán contra los judíos de noviembre 1938, la administración Roosevelt tomó la decisión de utilizar completamente la cuotas asignadas a Alemania, 27.370 individuos por año, incluidos los austríacos desde la anexión.

## 3. La ayuda a los académicos y científicos refugiados

También es cierto que el sistema de cuotas, aunque se aplicaba estrictamente a los trabajadores inmigrantes, preveía algunas excepciones. Los estudiantes, hombres

[4] Dato aportado por CORDERO OLIVERO, Inmaculada: *Los transterrados y España. Un exilio sin fin*, Huelva, Univ. de Huelva, 1997, p. 40.

[5] Ver FEINGOLD, Henry L., *The Politics of Rescue. The Roosevelt Administration and the Holocaust, 1938-1945*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1970, y David S. WYMAN, *Papers Walls. America and the Refugee Crisis, 1938-1941*, New York, Pantheon Books, 1985.

[6] Ver KROHN, Claus-Dieter, "L'exil politique allemand aux États-Unis après 1933", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 60 (oct.-dec. 2000), pp. 9-15.





de negocio e individuos de profesiones intelectuales o artísticas podían ser admitidos, aunque fuera temporalmente, al margen de las cuotas si conseguían obtener un contrato de trabajo americano. Una vez dentro del país podían solicitar el *status* de inmigrante en el contingente de las cuotas, con preferencia sobre los demás. Esta excepción creó de hecho unas condiciones privilegiadas para los intelectuales, científicos y profesores de prestigio, a los que se les abrió una vía de acceso especial al país. El objetivo declarado de tal excepción no era otro que el de aprovechar las circunstancias en Europa para captar un capital humano de altísimo nivel que mejoraría la dotación científica y académico del país. Desde el mismo año de 1933, cuando se produjo la primera oleada del exilio europeo[7], muchos científicos alemanes expulsados de su país fueron reclamados por sus colegas americanos. El medio universitario estadounidense estaba entonces empeñado en internacionalizar su *community of science*, en contraste claro con el aislacionismo político practicado por su gobierno. El exilio de los científicos alemanes ofrecía una oportunidad para avanzar en esa dirección. El mecanismo consistía en abrirles las puertas de entrada en el país ofreciéndoles un contrato de trabajo temporal, en su calidad de profesores, científicos o artistas. La New School for Social Research de New York, dirigida por Alvin Johnson[8], la Fundación Rockefeller y numerosas universidades explotaron intensamente esa vía para atraer especialistas, sobre todo en las disciplinas experimentales y en las modernas ciencias sociales, en las que estaban especialmente interesadas las grandes fundaciones norteamericanas. Así, muchas personalidades destacadas del mundo universitario o artístico europeo, algunas tan conocidas como Albert Einstein, Bertold Brecht o Thomas Mann, encontraron empleo en los Estados Unidos. Esa fue la vía que aprovecharon las universidades e instituciones científicas americanas para hacer venir a unos 2.000 investigadores y artistas expulsados de las universidades alemanas, italianas y austriacas por sus compromisos políticos o por su condición judía.

Una segunda oleada de universitarios y personalidades de la cultura en busca de asilo en los Estados Unidos se produjo tras la *debacle* francesa en el verano de 1940, cuando miles de refugiados en Francia se vieron acorraladas en el sur del país aún no ocupado. Esta segunda crisis sí que afectó plenamente al exilio republicano español, que se encontró emparedado entre la policía franquista en la frontera y las tropas alemanas que habían ocupado la mitad de Francia. Para entonces el presidente Roosevelt ya había tomado la iniciativa de formar, en la primavera de 1938, un *Presidential Advisory Committee on Political Refugees*, un comité informal de consejeros encargado de hacer recomendaciones específicas de ayuda a los refugiados. Ese comité, ante las demandas que provenían de diversas asociaciones norteamericanas privadas, confesionales o laicas, impulsó una gran operación de salvamento de los individuos particularmente amenazadas por la persecución nazi, fascista o comu-

[7] La ley alemana llamada "de restablecimiento de la función pública profesional", de abril de 1933, expulsó de sus cátedras a un gran número de científicos.

[8] Ver KROHN, Claus-Dieter, *Intellectuals in Exile. Refugee Scholars and the New School for Social Research*, Amherst (Mass.), University of Massachussetts Press, 1993. Alvin Johnson creó allí "The University in Exile" para acoger a intelectuales alemanes exiliados, lo que serviría a su vez de modelo para la Ecole Libre des Hautes Études fundada por los intelectuales franceses que salieron de su país en 1940.

nista. La presidencia norteamericana, para superar la política de cierre practicada por el Departamento de Estado, puso entonces en marcha un programa de *Visitor's Visas*, es decir, visas temporales para rescatar aquellas personalidades –líderes políticos, cargos sindicales, intelectuales distinguidos–, que habían quedado atrapadas en la Francia no ocupada del sur. Se calcula que unas 3.000 personas se beneficiaron de la admisión por esta vía antes de la entrada de EEUU en guerra, en diciembre de 1941[9]. La mayoría eran exiliados políticos alemanes, austríacos, polacos, italianos, entre los que abundaban los dirigentes sindicales y socialdemócratas, portadores de una conciencia crítica muy apreciada en la América del New Deal. Aún así, la discrecionalidad de los cónsules estadounidenses y la necesidad de contar con la autorización de las autoridades de Vichy hizo que esta vía de escape sólo pudiera ser aprovechada por una parte mínima de los miles de refugiados atrapados en el Midi francés.

Lo que llama la atención es que esa vía no pudo ser aprovechada por los numerosos exiliados españoles que también se encontraban allí en el verano de 1940. La razón es que el rescate se hacía a partir de las listas de personas "protegidas" presentadas al Departamento de Estado por diversas organizaciones, y las más activas fueron las organizaciones sindicales norteamericanas[10] –la *American Federation of Labor* y el *Jewish Labor Commitee* sobre todo– que privilegiaban a dirigentes sindicales o políticos y a intelectuales perseguidos por razones políticas o raciales. Pero en esas listas no figuraban los refugiados españoles porque ni los dirigentes sindicales estadounidenses tenían contactos previos con los sindicatos españoles, ni las pocas personalidades españolas refugiadas entonces en Estados Unidos tenían relaciones con las grandes organizaciones sindicales norteamericanas. Paradójicamente, sí aparecían en esas listas antiguos brigadistas que habían luchado en España, como Julius Deutsch, líder socialista austríaco que había llegado a ser comandante del ejército republicano. De manera que, tanto la política general de inmigración del gobierno estadounidense como los modos de selección utilizados por las organizaciones dedicadas al salvamento de refugiados políticos, perjudicaron claramente las posibilidades de los exiliados españoles de llegar a los Estados Unidos[11].

[9] Ver COLLOMP, Catherine y GROPPO, Bruno, "L'Europe productrice de réfugiés ; les États-Unis, un accueil sélectif", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 60 (oct.-dec. 2000), pp. 1-8.

[10] Como argumentaba uno de los organizadores de esta operación de rescate: "al ayudar a escapar de Francia donde están refugiados los dirigentes más importantes del movimiento y del pensamiento 'de progreso', que son el objetivo de la venganza directa de los poderes totalitarios, esperamos conseguir salvar una parte importante de la civilización democrática europea"; citado por COLLOMP, Catherine, "La solidarité ethnique et politique dans l'exil: Le Jewish Labor Committee et les refugiés anti-nazis et anti-fascistes, 1934-1941", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 60 (oct.-dec. 2000), p. 30.

[11] Lo curioso es que en 1953, cuando las emociones y entusiasmos provocados por la guerra civil ya se habían apagado, un grupo de intelectuales, artistas y líderes sindicales norteamericanos fundaron el *Spanish Refugee Aid*. Esa organización se dedicó, hasta su disolución en 1985, a prestar ayuda material y apoyo moral a los refugiados españoles instalados en Francia y en otros países. Véase LINZ, Juan J., "Una respuesta de intelectuales norteamericanos al exilio español", en J. TUSELL, A. ALTED y A. MATEOS (Coord.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, t. II, pp. 43-55.





## 4. El caso de los científicos e intelectuales franceses

Como ya había ocurrido en la primera oleada de 1933, los refugiados que tenían un perfil profesional más académico o científico que político recibieron, también en 1940, un trato especial. Una vez más fue la sociedad civil estadounidense la que se movilizó, en este caso a través de varias de las grandes fundaciones privadas que actuaban con un gran protagonismo en el desarrollo cultural y científico del país. La Fundación Rockefeller, por ejemplo, desarrolló dos programas específicos de asistencia a ese tipo de refugiados entre 1940 y 1945; la *Aid for Deposed Scholars* y el *Emergency Program for European Scholars*[12]. Con su ayuda se pudieron rescatar un total de ciento once personalidades de una docena de nacionalidades, de los que treinta y cuatro fueron franceses. La operación de salvamento de científicos franceses de alto nivel es la mejor conocida. El impulso, en este caso, no era humanitario sino interesado: se trataba de evitar que esos científicos se vieran forzados a colaborar con los ocupantes alemanes, y permitirles, al mismo tiempo, proseguir sus trabajos en beneficio del esfuerzo de guerra aliado y de la futura reconstrucción de la investigación científica francesa. Entre 1940 y 1944 se refugió en Estados Unidos, con la ayuda discreta pero determinante de la Fundación Rockefeller, la elite de la clase científica francesa. También ellos salieron de forma legal, con invitación y visa americana y con permiso de salida de las autoridades francesas, convencidas de que se trataba de cortas visitas de colaboración científica. Para ello, la Fundación Rockefeller se encargaba de financiar el viaje y, sobre todo, de proporcionar la invitación, a través de la *New School for Social Research* que apoyaba la propia fundación, o a través de las universidades que se prestaban a colaborar en la empresa. Para esto último, los dos científicos franceses que dirigieron la operación: Henri Laugier y Louis Rapkine, ellos mismos refugiados, hicieron una larga gira para visitar a profesores que conocían con antelación y presidentes de universidades, con el fin de exponerles los peligros que amenazaban a los científicos que permanecían en Francia y convencerles de la urgencia de su salvamento. Las invitaciones así obtenidas se transmitían a los beneficiados a través de la oficina de la Fundación Rockefeller en Lisboa. Se trataba en todos los casos de invitaciones temporales con visas fuera de cuota, aunque el Departamento de Estado las tramitaba con la esperanza de que esos refugiados de renombre acabaran por instalarse definitivamente en los Estados Unidos y contribuyeran a su desarrollo científico. La primera lista que confeccionaron los delegados franceses comprendía sólo investigadores de ciencias exactas, repartidos en seis disciplinas y ordenados en dos categorías: 34 de calidad excepcional y 60 de reserva[13]. Al poco tiempo de su llegada, la mayoría de esos científicos, mas algunos que llegaron por sus propios medios, se organizaron en un *Bureau Scientifique* bajo la autoridad de la Francia Libre de De Gaulle. Mejor aún, desde el 11 de diciembre de 1941, algunos pusieron sus conocimientos al servicio de la Defensa Nacional norteamericana. A los beneficios políticos y científicos se

[12] Ver GEMELLI, Giuliana (ed.): *The 'Unacceptables'. American Foundations and Refugee Scholars betwenn the Two Wars and after*, Bruxelles, PIE-Peter Lang, 2000.

[13] Ver DOSSO, Diane, "Les scientifiques français réfugiés en Amérique et la France Libre", *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 60 (oct.-déc. 2000), pp. 34-40.

sumaban así las ventajas de su colaboración en el esfuerzo de guerra aliado. Para entonces, las disciplinas representadas en el *Bureau* se habían ampliado con el fin de incluir las ciencias humanas, pues también algunos filósofos y especialistas en ciencias sociales consiguieron la ayuda de la Fundación. El antropólogo Claude Lévi-Strauss, que alcanzaría posteriormente un gran renombre, fue uno de los que acabó trabajando para el *War Department*.

La concentración de académicos y científicos franceses en Estados Unidos fue tan alta que permitió el funcionamiento, desde principios de 1942, de una *École Libre des Hautes Études*, en el seno de la *New School* de Nueva York; una especie de *Collège de France* trasplantado en tierras americanas. Allí daban cursos de alto nivel, gratuitos y en lengua francesa, la mayoría de los miembros del *Bureau Scientifique*, aunque seguían también impartiendo su docencia en universidades repartidas por todo el país. Se trataba de una empresa con fines claramente políticos: preparar el reconocimiento de la Francia Libre por el gobierno norteamericano, y también de prestigio en favor de la cultura francesa: "testimoniar la vitalidad indestructible de la cultura francesa", en palabras de Jacques Maritain, su director. La *École Libre des Hautes Études* de Nueva York funcionó hasta 1947, fecha en la que la mayoría de sus profesores ya habían regresado a su país. Fue el símbolo de una operación de rescate que tuvo un gran éxito, aunque no fuera duradero porque, al contrario que el exilio cultural alemán, el francés no llegó a integrarse definitivamente en el entramado de la vida académica y cultural estadounidense, y retornó a su país en cuanto las condiciones lo permitieron[14].

En todos estos casos los criterios de selección fueron siempre draconianos: no eran programas humanitarios de gran envergadura –como los que se pusieron en marcha hacia el final de la Segunda Guerra Mundial–, sino que estaban claramente limitadas por el interés norteamericano en contar con la presencia y las capacidades de esos ilustres inmigrantes. En la operación de rescate de profesores y científicos, como en el caso de los dirigentes políticos y sindicales, se trató siempre de admisiones excepcionales, que se basaban en la existencia de redes de cooperación universitaria previas, de solidaridades intelectuales o de relaciones personales anteriores. La iniciativa correspondía a personas privadas o a instituciones culturales, universitarias o religiosas, que intervenían ante las autoridades gubernamentales en favor de los demandantes de asilo, o que actuaban aprovechando los resquicios que dejaba la severa política inmigratoria. Esto demuestra la existencia de un verdadero hiato en la actitud estadounidense hacia los refugiados europeos: por un lado la actitud oficial, que no reconocía la figura del exiliado y se empeñaba en la aplicación estricta del régimen de cuotas, y por otro la actitud de esa minoría de personalidades al frente de fundaciones, universidades y organizaciones sindicales, de talante demócrata, que crearon organizaciones específicas de ayuda a los refugiados y que se comprometieron activamente en la labor de rescate y acogida de esa elite de exiliados europeos compuesta por líderes políticos, científicos eminentes e intelectuales distinguidos.

[14] Ver CHAUBET, François y LOYER, Emmanuelle: "L'École Libre des hautes études de New York : exil et résistence intellectuelle (1942-1946)", *Revue Historique*, 616, (oct.-déc. 2000.), pp. 939-971.





## 5. Las peculiaridades de la ayuda a los académicos españoles

En este contexto, el caso de los profesores y científicos republicanos españoles presenta muchas similitudes y algunas peculiaridades significativas. El grupo de los que encontraron refugio en los Estados Unidos, al menos como primer destino de su exilio, fue reducido, pero estaba compuesto por personalidades muy destacadas de la vida cultural española. Como en el caso del resto de sus colegas europeos, fueron determinantes los contactos personales y las redes institucionales previas, y también resultó decisiva la movilización de las fundaciones y organizaciones académicas norteamericanas, sensibilizadas hacia un problema que las autoridades gubernamentales preferían ignorar. Pero hubo peculiaridades que marcaron el destino de los expatriados españoles; la primera de ellas fue la existencia de la alternativa hispanoamericana, y sobre todo la favorable disposición mexicana, que hizo que las propias organizaciones estadounidenses intentaran desviar hacia allí el flujo de refugiados[15]. También fueron distintas las instituciones que se volcaron en el rescate de las personalidades españolas, las organizaciones que se crearon para ello, y el papel que jugó la colonia española asentada en los Estados Unidos. Veamos un poco más en detalle estos rasgos diferenciales.

Para empezar, la *New School for Social Research*, el principal instrumento utilizado por la Fundación Rockefeller en su plan de salvamento de científicos e intelectuales europeos, no jugó prácticamente ningún papel en el rescate de las personalidades del exilio republicano. Sólo dos españoles entraron a formar parte de su cuadro docente en esos años: Fernando de los Ríos, que obtuvo un puesto como profesor de estudios políticos al tener que abandonar la embajada republicana en Washington, y el jurista Alfredo Mendizábal, muy vinculado a Jacques Maritain y que pudo por su mediación participar en el experimento de la *École Libre des Hautes Études*. Hubo otro español que pudo estar vinculado a esa escuela, pero que no llegó a ingresar en ella. Tras varios intentos frustrados de obtener una ayuda de la Fundación Carnegie para instalarse en ese país y su paso temporal por los Estados Unidos en 1938, José Castillejo, el *factótum* de la Junta para Ampliación de Estudios durante casi toda su existencia, recibió una invitación de la *New School* en el invierno de 1940, cuando su situación en Inglaterra se hacía insostenible. Para su desgracia, cuando ya tenía preparado sus papeles y el pasaje, el Gobierno británico requisó el vapor en el que pensaba hacer el viaje. Sin posibilidad de cruzar el Atlántico, tuvo que quedarse en Inglaterra, de donde era la familia de su esposa, hasta su fallecimiento en 1945. "Seguiré aquí mi trabajo, algo sacudido por hombres y cañones"[16], decía resignado, al dar cuenta de sus actividades a la Fundación del Amo, que la había pensionado durante seis meses para hacer más llevadera su situación de exiliado.

También fue algo peculiar la actuación de la Fundación Rockefeller como tal con los refugiados españoles. Ya hemos señalado el fuerte compromiso que había

[15] Por ejemplo, muchos de los miles de refugiados que se instalaron en México consiguieron llegar a ese país gracias a la ayuda del *American Friends Service Commitee*, una organización fundada por los cuáqueros estadounidenses que ayudó a muchos refugiados españoles del sur de Francia a cruzar el Atlántico.

[16] José Castillejo a Eugenio Cabrero, Londres, 1 de febrero de 1941, en Archives of the Del Amo Foundation (ADAF), Box 28.

adquirido con el desarrollo de la ciencia en España desde los años veinte: financiación de la sede del Instituto Nacional de Física y Química, formación de decenas de investigadores en su Instituto de investigación médica en New York, concesión de becas y asesoramiento para la reforma del sistema de higiene pública, etc. No dejó de intervenir también en el drama de los científicos expatriados por la Guerra Civil, pero mucho más tímidamente de lo esperado, y desviando su instalación, en algunos casos significativos, hacia instituciones universitarias de Hispanoamérica. Así se pone de relieve en el fracaso de la iniciativa que puso en marcha Jaime Pi i Suñer, hijo mayor de don Augusto, que había investigado en las universidades de Yale y Harvard merced a una beca Rockefeller. Pi i Suñer intentó desde Francia que el profesor Fulton de Yale, con quien había trabajado, hiciera una gestión de buena voluntad cerca de la Fundación Rockefeller en busca de ayuda para los científicos emigrados. En la carta de respuesta –marzo de 1939– el profesor Fulton comunicaba el fracaso de su intento: la Fundación endosaba el problema al Gobierno mexicano y recomendaba ponerse en contacto con el Dr. Zubirán, que por aquellos días pasaba por Nueva York camino de París, enviado especial del propio Presidente Cárdenas para entrevistarse con los científicos y universitarios que iban saliendo de Cataluña con el fin de seleccionarlos y encauzarlos hacia México. Según la propia Fundación, el Gobierno mexicano parecía que era el único obligado a ayudar a la *Loyalist Spain*[17]. Como decía uno de esos científicos exiliados: "la Fundación Rockefeller no quiso atender a ninguno de los físicos y químicos que con tanta generosidad había colocado, nueve años antes, en condiciones óptimas para el trabajo de investigación"[18]; se refería al Instituto Nacional de Física y Química donde trabajaron Blas Cabrera, Moles, Medinaveitia, Duperier, Palacios y muchos otros destacados científicos.

Similar fue el caso del historiador Sánchez Albornoz. Al tener que dejar la embajada en Lisboa tras el comienzo de la Guerra Civil, había encontrado un refugio provisional como profesor visitante por un año en la Universidad de Burdeos. Desde allí se dirigió a la sede de la Fundación Rockefeller en París para solicitar una beca de investigación que le permitiera seguir asociado a la Universidad de Burdeos, pero

> contestaron que sólo pagarían la mitad de mi sueldo durante tres años siempre que la Universidad me ofreciera un puesto más o menos permanente después. El Rector respondió que me concedían unos meses de curso para completar el año y medio que les correspondía y que ellos pagasen otro año y medio; pero que las leyes francesas impedían mi ingreso en el profesorado francés. Pero la sede parisina de los Rockefeller se ha negado a acceder a la demanda[19].

Sánchez Albornoz intentó reiteradamente ingresar en alguna institución universitaria estadounidense, sin éxito. En una de sus cartas a Onís, al que acosaba con

[17] Ver GIRAL, Francisco: *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 14-15.

[18] Ibídem, p. 16.

[19] Sánchez Albornoz a Onís, 28 de enero de 1939, en ALBERT ROBATTO, Matide, *Fedrico de Onís: cartas con el exilio*, A Coruña, Ediciones do Castro, 2003 p. 210.





sus demandas de oportunidades de trabajo en Estados Unidos o en Puerto Rico, le decía: "¿Cuándo van a hacer algo por los intelectuales españoles? ¿Rockefeller, Carnegie-Morgan? ¿No se podría intentar algo por ese lado?"[20]. Finalmente, y por mediación de la propia Fundación Rockefeller, encontraría un puesto de profesor en la universidad de Cuyo, entonces en formación, iniciando así su destierro definitivo en Argentina.

## 6. El protagonismo de las fundaciones hispanas en Estados Unidos

Las auténticas protagonistas del rescate y ayuda a las grandes personalidades del exilio cultural republicano fueron dos fundaciones dedicadas al fomento de las relaciones culturales entre los dos países, dirigidas por españoles que se habían radicado desde hacía tiempo en los Estados Unidos, pero que mantenían fuertes vínculos afectivos y personales con su país: la Fundación del Amo, dirigida hasta su muerte en 1941 por Don Gregorio del Amo, y el Instituto de las Españas, dirigido desde su fundación en 1919 por Federico de Onís. En ambos casos su actuación se benefició, sin duda, del desarrollo que habían adquirido en las universidades norteamericanas los estudios de lengua y literatura españolas. El hispanismo norteamericano, en pleno desarrollo desde los años de la Primera Guerra Mundial, había ampliado considerablemente la necesidad de cuadros docentes en la enseñanza superior. Junto a esas dos fundaciones, y en estrecha colaboración con ellas, destaca el papel del Institute of International Education (IIE) de Nueva York, que acumulaba una larga experiencia de colaboración con la Junta para Ampliación de Estudios.

No podemos desarrollar ahora en detalle la actuación de estas dos fundaciones y del instituto citado. Sólo me referiré rápidamente al papel desempeñado en esta historia por Federico de Onís, cuya actuación se conoce bien gracias a la reciente publicación de su correspondencia, aunque sea de forma parcial. Onís ayudó a sus antiguos compañeros del Centro de Estudios Históricos a encontrar empleo temporal en Estados Unidos y, en algunos casos, a instalarse definitivamente allí. Pero lo hizo atendiendo, en primer lugar, a sus amigos más cercanos de la sección de Filología, donde él había trabajado hasta su expatriación en 1916. Gracias a él pasaron o se quedaron en Estados Unidos, en aquellos años fatídicos, el director de la sección, Ramón Menéndez Pidal, y sus más estrechos colaboradores: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Homero Serís, José Fernández Montesinos, Luis Alvarez Santullano y Ramón Iglesia. Este último acabaría ocupando un puesto en la universidad de Wisconsin, donde otro importante colaborador de la sección, Antonio García Solalinde, había trabajado desde 1926 hasta su temprano fallecimiento en 1937. Además de los miembros de la propia sección, Onís ayudó directamente a otros destacados colaboradores del Centro de Estudios Históricos: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Claudio Sánchez Albornoz, el propio José Castillejo; así como diversos profesores con los que había establecido previa-

[20] Sánchez Albornoz a Onís, 16 de julio de 1938, en Ibídem, p. 106.

mente fuertes vínculos personales, como Salvador de Madariaga. Para desarrollar esa importante labor, Onís contaba con la ventaja de ocupar una posición clave en el sistema universitario estadounidense, donde mantenía vínculos estrechos con múltiples organizaciones académicas: director del Departamento de español de la Universidad de Columbia, del Instituto de las Españas en Nueva York, responsable del Spanish Bureau del Institute of International Education, miembro de la poderosa Asociación Norteamericana de Profesores de Español, fundador del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, inspirador de las Instituciones Culturales de Nueva York y de Puerto Rico..., organismos todos ellos en los que había participado como fundador o en los que disfruta de una influencia indiscutible.

Onís utilizó, en primer lugar, su puesto de director del Departamento de español de la Universidad de Columbia para colocar en su misma universidad a varios profesores exiliados mientras duraba la Guerra Civil. Gracias a su intervención, y a una decisión personal del presidente de la Universidad, Nicholas Murray Butler, Ramón Menéndez Pidal obtuvo una invitación como profesor visitante para enseñar allí en 1937 y 1938. Su estancia en Nueva York la alternó con viajes a Cuba, invitado por la Institución Hispanocubana, gracias de nuevo a las gestiones de Onís con Fernando Ortiz. Menéndez Pidal fue uno de los primeros en llegar, pero también el único de todo el grupo que dejó su posición en Estados Unidos, en abril de 1938, para regresar a España, aunque tuvo antes que esperar en Francia a que terminara la guerra. El mismo puesto de profesor en la Universidad de Columbia permitió que Tomás Navarro Tomás se exiliara en Estados Unidos desde febrero de 1939, y que también allí encontrara una plaza Luis Alvarez Santullano. Hay que recordar que Navarro Tomás, así como Fernando de los Ríos, Américo Castro y Salvador de Madariaga, ya habían enseñado en la Universidad de Columbia antes de la Guerra Civil, como profesores invitados a instancias de Onís.

Federico de Onís, secundado por otro profesor español, Angel del Río, recurrió también a su condición de director del Instituto de las Españas para ofrecer a sus camaradas conferencias, muy bien pagadas en la época, con las que solucionar sus apuros económicos. El Instituto se había creado como una delegación de la JAE en Nueva York, pero gozaba de amplia autonomía y del patrocinio de la Universidad de Columbia. Desde 1934 contaba también con una subvención del Gobierno republicano, que se mantendría parcialmente durante la guerra. Con sus fondos se pagó el viaje y las conferencias impartidas en su sede a numerosas personalidades, invitadas todas ellas gracias a las recomendaciones de Onís; por allí pasaron, en los años de la guerra, Américo Castro, José Castillejo y Claudio Sánchez Albornoz, entre otros.

Pero las gestiones más eficaces fueron las que desarrolló Onís en su papel de colaborador del Institute of internationale Education, y gracias a sus estrechas relaciones con su director, Stephen Duggan. A través de ese organismo pudo acceder a las autoridades de las numerosas universidades norteamericanas para solicitar puestos de profesor visitante, con una remuneración más prolongada que las conferencias o, en el mejor de los casos, para obtener un contrato permanente. Onís empezó sus gestiones en favor de los profesores españoles refugiados casi desde el mismo





comienzo de la guerra. "Es tan grande y tan general la tragedia –le dice por carta a Américo Castro– que no sabe uno qué hacer"[21]. Así se pudo colocar Américo Castro como profesor en la Universidad de Wisconsin, Madison, en 1938, ocupando temporalmente el puesto que había quedado vacante tras la muerte de su discípulo preferido, Antonio García Solalinde. También ayudó con éxito a Pedro Salinas, profesor en el Wellesley College desde su llegada en 1936, y a Jorge Guillén, a quien colocó en la Universidad de Montreal en abril de 1939; María de Maeztu estuvo provisionalmente en el Barnard College, en abril de 1937, "por la casa y comida". También lo intentó, aunque con menos éxito, en el caso de José Castillejo, Alberto Jiménez Fraud y Sánchez Albornoz.

Las dificultades con las que se enfrentaba Onís eran diversas, y tenían que ver con la adversa coyuntura en la que se planteó el problema de los refugiados españoles. En primer lugar, todas las universidades y fundaciones norteamericanas estaban atravesando por graves dificultades financieras como consecuencia de la crisis económica que asolaba el país. Además, esas instituciones ya habían hecho un gran esfuerzo para absorber a la primera oleada de académicos alemanes y judíos expulsados desde 1933. Por último, estaba el hecho de que la colonia española residente en Estados Unidos no podía compararse, ni en número ni en riqueza, con la alemana, la judía o la italiana, y eso reducía las posibilidades de encontrar medios financieros para rescatar a los académicos españoles expatriados. A pesar de todo ello, la solidaridad de destacados miembros de la sociedad civil estadounidense se activó de forma eficaz cuando llegaron las primeras informaciones sobre la situación de hambre, frío y miseria completa por la que estaban pasando numerosas personalidades españolas recluidas en los campos de concentración del sur de Francia y, especialmente, con la impresión que causó la noticia de la muerte de Antonio Machado en Colliure.

## 7. La movilización en favor de los profesores españoles recluidos en el sur de Francia

Aquellos acontecimientos impulsaron a Juan Ramón Jiménez, instalado entonces en la Florida, a lanzar una primera campaña de recogida de ayudas a través del periódico en español *La Prensa*, que dirigía su cuñado. Esta iniciativa fue retomada enseguida por Federico de Onís y Navarro Tomás, ya en Nueva York, que consiguieron movilizar al IIE. Su director, Stephen Duggan, publicó en el *News Bulletin* del instituto "un llamamiento en favor de los académicos españoles desplazados", en el que apelaba tanto a la solidaridad como al interés del sistema universitario norteamericano para iniciar una campaña de rescate de los profesores españoles expulsados de su país. Es interesante conocer los argumentos utilizados por Duggan para conmover a la comunidad académica estadounidense.

[21] Onís a Américo Castro, 22 de noviembre de 1937, en NARANJO, C., LUQUE, Mª D. y PUIG-SAMPER, M. A. (eds.): *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC y URP, 2003, p. 371

Resultaba inevitable que, cualquiera que fuese el bando ganador en la Guerra Civil Española, el profesor universitario se convirtiera en uno de los principales afectados. En la mayoría de los casos se trataba de una persona apolítica, metida de lleno en su tema de estudio, y sin el menor deseo de involucrarse. Se limitaba a cumplir con sus funciones universitarias. No obstante, en muchas ocasiones anunció su adhesión a la República y denunció la rebelión. Según se prolongaba la guerra y su coste en vidas aumentaba, el resentimiento entre los dos bancos se hizo más pronunciado. La idea de que "Aquél que no esté con nosotros está contra nosotros" se convirtió en la postura predominante. En el día de hoy, entre los españoles refugiados en Francia pueden encontrarse distinguidos expertos en muchos campos de estudio. Están sin recursos y han sido dejados con sus familias a la suerte de la filantropía de otros pueblos cuyas posibilidades de ayuda se están agotando.

Este Instituto ha sido pionero en la organización de ayudas destinadas a intelectuales exiliados. Después de las revoluciones en la Rusia comunista, la Italia fascista y la Alemania nazi, contribuyó a organizar movimientos de apoyo para los académicos desplazados –movimientos que han acabado con la incorporación a la educación superior estadounidense de muchos de los más distinguidos intelectuales europeos–. En la actualidad mantiene correspondencia con el comité de académicos franceses que se ha organizado en París para asistir a los intelectuales españoles.

Se encuentra actualmente en proceso de formación un comité para tratar de hacer por los académicos españoles refugiados lo mismo que el *Emergency Committee to Aid Displaced German Scholars* llevó a cabo con los académicos alemanes exiliados. Somos conscientes de que, desde la llegada del totalitarismo a Europa, la absorción de académicos extranjeros está cercana a su punto de saturación. Podemos asegurar a los responsables de las universidades que el mismo cuidado que el Comité Alemán ha puesto a la hora de proporcionar expertos cuya erudición, capacidad de enseñaza y habilidad investigadora fueran incuestionables, será utilizado en el caso de los intelectuales españoles. Pedimos la cooperación tanto de instituciones de educación secundaria como superior para ayudar en este proceso, y especialmente para informarnos de las vacantes en cualquier campo que pudieran ser ocupadas por expertos españoles refugiados. Desde luego, el Comité necesitará dinero para mantenerse y estará gustoso de recibir donativos para su causa[22].

Al llamamiento fueron añadiendo su firma algunos de los más prestigiosos académicos y presidentes de universidades estadounidenses[23]. Como resultado de esta movilización, se creó un *Committee in Aid of Refugee Scholars from Spain*, patrocinado por el *American Friends Service Committee* y el IIE, e instalado en la sede de

[22] *Institute of International Education. News Bulletin*, n.º 7, vol. XIV (1/IV/1939)

[23] En la lista inicial del *Spanish Appeal* figuraban, además de S. Duggan, Miss Mildred Adams, periodista; Franz Boas, antropólogo; A. J. Carlson, fisiólogo; Harvey Cushing, cirujano; Federico de Onís, catedrático de literatura española; John Dewey, pedagogo; Haven Emerson, médico; Virginia C. Gildersleeve, pedagoga; Mrs. Goddard Leach de Vew York; Robert S. Lynd, sociólogo; Henry N. MacCracken, pedagogo; Mrs. Robert A. Millikan de Pasadena; William Allan Neilson, educador; W. A. Oldfather, profesor de lenguas clásicas; Marion Park, educador; Ernest Minor Patterson, economista; Edward A. Ross, sociólogo; Harlow Shapley, astrónomo; Mrs. Huntington Vernon de New York; Ernest H. Wilkins, pedagogo; Gregorio del Amo, médico y Robert H. Williams, catedrático de literatura española.





esta última institución[24]. El nuevo comité se dedicó inmediatamente a solicitar donativos, apoyo financiero para establecer cátedras o departamentos de cultura española en los que poder utilizar los servicios de los refugiados españoles y, también, subsidios con los que pagar el viaje a los Estados Unidos de aquellos profesores, con sus familias, que ya habían tenido la suerte de encontrar un puesto en ese país. Durante el mes de mayo de 1939 envió cartas a ciento doce *Colleges* solicitando información sobre posibles vacantes para esos profesores. Las solicitudes se dirigían especialmente a aquellas instituciones "que percibieran con bastante intensidad la importancia de la contribución española a nuestra vida americana", como debía ser el caso de las radicadas en California, "donde la civilización española ha dejado su influencia"[25]. Naturalmente, la Fundación del Amo se sintió especialmente implicada. Esta Fundación, dirigida personalmente por Don Gregorio del Amo, ya había sostenido económicamente mediante bolsas de estudio y pago de conferencias, y mientras duró la guerra española, a destacadas personalidades como José Castillejo, Alberto Jiménez Fraud, Américo Castro y Salvador de Madariaga. Ahora intervino de nuevo activando sus contactos con las universidades y centros de su área de influencia –University of Southern California, University of California at Los Angeles, Stanford University, Claremont and Pomona Colleges–, donde recomendó, con más o menos éxito, a destacados científicos en dificultades, como Manuel Rodríguez Mata, Enrique Moles o el doctor Gonzalo Rodríguez Lafora.

## 8. Conclusiones

Dos conclusiones merecen destacarse de este breve repaso por los mecanismos de ayuda y rescate en favor del exilio cultural republicano en los Estados Unidos. En primer lugar, que entre las peculiaridades del caso español, no es la menor el hecho de que las disciplinas literarias y filológicas tuvieran un trato privilegiado respecto al resto de las especialidades científicas, al contrario justamente de lo que ocurrió en otros casos señalados, como el de los académicos franceses expatriados. El papel que jugaron las estructuras universitarias del hispanismo norteamericano, por un lado, y el protagonismo de personas e instituciones ligadas a esos estudios –Federico de Onís y el Instituto de las Españas, sobre todo–, explican esa diferencia. La segunda conclusión se refiere al papel de las redes personales y de las relaciones institucionales previas en la acogida de los refugiados: si, como dijimos para el conjunto del exilio científico europeo, estas redes fueron determinantes en la selección de quiénes serían favorecidos por los procedimientos, siempre excepcionales, de concesión de las visas temporales, en el caso de los académicos españoles tuvieron mucha más importancia los vínculos de amistad que los precedentes de cooperación institucional. La prueba está en el éxito que acompañó a los antiguos colaboradores

[24] Los mismos nombres que suscribieron el llamamiento, y algunos más, aparecen ahora repartidos entre el Academic Committee, el Hospitality Committee y el Executive Committee del nuevo organismo, cuyo chairmen era, una vez más, S. Duggan.

[25] S. Duggan, como presidente del CARSS, a Gregorio del Amo, 29 de mayo de 1939, en ADAF, Box 6.

del madrileño Centro de Estudios Históricos en su intento de instalarse en los Estados Unidos, gracias sin duda a sus estrechas relaciones con la persona que detentaba un puesto clave en esas circunstancias: Federico de Onís. La concentración de aquel equipo en ese país fue tan grande que, entre 1937 y 1940, se manejaron varios proyectos para reconstruir el propio Centro de Estudios Históricos en el fértil medio académico estadounidense. Uno de esos intentos, por cierto, estuvo impulsado por el Departamento de Estado, interesado en dotarse de una plataforma de prestigio desde la que influir en los medios culturales latinoamericanos.

Por el contrario, los investigadores de las ciencias experimentales, que habían mantenido también fuertes relaciones de colaboración en los años veinte y treinta con los institutos y universidades estadounidenses, y muchos de los cuales se habían formado allí gracias a las pensiones de la JAE, no encontraron las mismas facilidades en los momentos iniciales y más dramáticos del exilio. De la nómina de pensionados y científicos que pasaron por Estados Unidos en el primer tercio del siglo XX, apenas hemos encontrado alguno que siguiera ejerciendo profesionalmente en ese país tras la guerra[26]. En el campo científico destaca sobremanera la figura del bioquímico Severo Ochoa, que había disfrutado de una pensión en Estados Unidos en los años veinte y que llegó a obtener el premio Nobel gracias a sus trabajos realizados posteriormente en ese país. Pero hay que señalar que Ochoa llegó a su exilio en Estados Unidos después de pasar por Inglaterra y México y que, a pesar de que había realizado ya valiosas contribuciones originales en Heidelberg, al lado de Meyerhof, y en Oxford, junto a Peters, se vió obligado a obtener un nuevo doctorado al estilo americano para poder trabajar en los Estados Unidos, lo que logró en la Universidad de Saint Louis Misouri. Otros grandes científicos que desarrollaron su carrera en ese país, como Francisco Grande Covián, Rafael Méndez –ambos antiguos compañeros de Ochoa en el laboratorio de Negrín–, Emilio González López, José Cuatrecasas, José López Rey..., o bien no tenían ninguna experiencia anterior de contacto con el mundo científico norteamericano, o bien la llegada a ese país se produjo después de un peregrinaje más o menos largo por otros países de Europa o América Latina. Es lo mismo que ocurrió años después en el campo de las humanidades: profesores o escritores que comenzaron su exilio en algún país latinoamericano se integraron con el paso del tiempo en el sistema universitario norteamericano, como fue el caso de Ramón J, Sender, Francisco Ayala, Joan Corominas, José Rubia Barcia, Vicente Llorens, Amado Alonso y muchos otros. Pero ésta fue una segunda oleada del exilio cultural republicano en los Estados Unidos, la que llegó después de la Guerra Mundial procedente de algún país hispanoamericano, en circunstancias mucho más favorables que las que habían encontrado sus compatriotas pioneros.

[26] El investigador médico Rafael Lorente de No, vinculado al Rockefeller Institute de Nueva York, es el único de ellos.